

LA LITERATURA DE LA DEMOCRACIA ES UNA LITERATURA PESIMISTA

Juan Liscano

Quiero felicitar a la Universidad de Los Andes por esta excepcional manifestación, por la idea de haber organizado estos actos, más que conmemorativos, críticos, de los 23 Años de Democracia que está cumpliendo Venezuela y con ello también quiero felicitar y aplaudir al actual equipo de la Universidad, puesto que le corresponde la organización de este evento. También quiero agradecerle al público presente la buena voluntad de haber venido a esta charla y a mi compañero de letras, Jesús Serra, el haber hecho la introducción a estas palabras, que serán breves de acuerdo con el Reglamento.

El 16 de Mayo de 1960, en El Nacional de Caracas bajo el título de "Los Días de las Revueltas y Motines", Antonio Arráiz, publicó un fragmento de un libro que quería ser una Historia de Venezuela. Se trataba de una estadística de la agitada vida política venezolana. Señalaba que entre 1830, fecha de la Separación de la Gran Colombia, y 1903, fecha de la Revolución Libertadora, hubo en Venezuela 127 alzamientos, cuartelazos y asonadas

menores; entre unas y otras, en esos 74 años de vida republicana, según el cómputo de Antonio Arráiz, encontramos un total de 166 revueltas, las cuales sumadas tuvieron una duración de 8.847 días; entre el 1° de Enero de 1830 y el 31 de Diciembre de 1903, pasaron 27.027 días. Resulta entonces, que el país, según ese cómputo, estuvo en emergencia guerrera el 32,73% de su tiempo, si días de paz y de guerra se sumaran, de manera continua, se tendrían 49 años y medio de paz y 24 años y medio de guerra, así la mitad del tiempo transcurrido.

Ahora bien, desde 1903 hasta ahora, hay muchas cifras más a añadir a esta estadística, porque los 27 años de dictadura del General Gómez, no fueron una balsa de aceite como se ha dicho, hubo constantes alzamientos; el General Castro hizo una expedición guerrera a Colombia con un resultado funesto en que se disolvió un ejército, en los yermos de la Península de la Goajira. El período presidencial del General Isaías Medina, culminó con un cruento golpe de Estado. El régimen de facto que siguió fue sacudido por varias

asonadas abortadas hasta que el 24 de Noviembre de 1948, triunfó un golpe castrense contra el gobierno constitucional del recién elegido en votación popular Presidente Rómulo Gallegos. Se implantó a continuación una dictadura represiva que fue combatida sin cesar por un movimiento de Resistencia que tuvo muchas bajas hasta triunfar en Enero de 1958, en acciones de calle. Se inició el proceso democrático que nos ha llevado al día de hoy y, en ese lapso, se sabe que entre el 62 y 68 hubo todo tipo de alzamientos armados, los unos de carácter reaccionarios, los otros de izquierda.

Este cuadro motiva que la Literatura Venezolana no sea muy optimista que digamos. Antes de llegar al actual período democrático, nuestra Literatura fue sumamente pesimista y lo demuestran obras como las de Pio Gil, la novela "Villa Brava" de Pardo, los "Ensayos" de López Méndez, las tesis de Vallenilla Lanz sobre disgregación e integración y el Gendarme necesario, la novela de Gonzalo Picón Febres "El Sargento Felipe", "Zarate" de Eduardo Blanco, la novela "Peonía", la obra de Pocaterra en la que sobresalen "Las Memorias de un Venezolano de la Decadencia", su cuentística y narrativa son bastante pesimistas. La obra de Díaz Rodríguez, con su planteamiento de la decadencia de una aristocracia y su sustitución por la nueva oligarquía guerrera nacida en los campamentos. Las guerras

civiles, no pueden ser más negativas. Los cuentos de Gallegos y su novela "El Ultimo Solar" son pesimistas, pero intentó superar ese pesimismo en una novela como "La Trepadora", cuyo optimismo no estriba en la inmediatez política, sino en el proceso de mestizaje. También mostró optimismo en "Sobre la Misma Tierra". La obra de Meneses es particularmente pesimista. Con su reiteración del fracaso como tema principal. La obra de los poetas también fué pesimista, Lazo Martí, en "Silva Criolla" no oculta el horror que le causa la presencia y la lucha de caudillos y Pérez Bonalde, vivió como un desterrado, y cuando regresó a Venezuela fue para morir, de modo que su canto "Vuelta a la Patria" es un canto lleno de nostalgia.

Ese panorama, pesimista de nuestra Literatura, debería haber cambiado cuando adviene la era Democrática, cuando en 1958 cae la dictadura de Marcos Pérez Jiménez después de una ardua lucha y, sin embargo, nuestra Literatura sigue siendo profundamente pesimista. Los autores contemporáneos inclusive, diría yo, son más pesimistas que los autores del siglo pasado y de principios de este siglo. En los autores del siglo pasado y de principios de este siglo había cierto optimismo humanitario o humanístico. Ellos imaginaban que cuando Venezuela superara la realidad de revueltas, asonadas y dictaduras, se iniciara un proceso muy positivo para el país, lo cual se traduciría, seguramente, en

una Literatura más optimista, más positiva. No ha sido el caso. Por lo contrario, la Literatura de la era democrática sigue siendo pesimista, va más allá del pesimismo para alcanzar el nihilismo, la negación de una serie de valores tradicionales defendidos más bien por los escritores pesimistas del Siglo XIX y principios del XX. Es un hecho que no se puede ocultar, y ese pesimismo, ese nihilismo, esa desesperación, ponen en tela de juicio, de distintas maneras, los valores tradicionales de la sociedad venezolana decimonónica, patriarcalista, pero también de la actual, urbana y petrolera.

En 1958, cuando es derrocada la dictadura de Pérez Jiménez, aflora una nueva generación que hoy designan con el nombre de "generación del 60". Entonces esos escritores contaban entre 20 y 28 años. Ya no son jóvenes. Es tiempo de admitir que los escritores jóvenes venezolanos actuales son los que tienen menos de 30 años. Y no mis queridos amigos Salvador Garmendia o Pérez Pedomo, o Palomares, u Ovalles o Cadenas. Cuando esta generación irrumpe en la década del 60, se agrupa primero en Sardo, luego en el Techo de la Ballena o en Tabla Redonda. Se crean en ese período muchos otros grupos y todos coinciden en dar una visión profundamente negativa del país, en cuanto a su existencia cultural y literaria, en cuanto a los valores establecidos. Esta es una

generación que para mí, fue la más radical de todas las producidas en el país, en el campo cultural. Mucho más que la del 18. Si uno revisa la revista "Válvula" de 1928, se encuentra con que allí colaboraban hombres de distintas generaciones. Si uno recuerda lo que fue el grupo "Viernes", de la década del 40, coincidente con el período presidencial liberal del General Medina, también se advierte una confluencia de hombres de distintas generaciones, desde un Olivares Figueroa, un Angel Miguel Queremel, hasta un Vicente Gerbasi. Entre estos escritores mediaban veinte años y más de diferencia de edad. En cambio los jóvenes que van a irrumpir en el 58, se van a caracterizar por un sentimiento cerrado generacional, por unos criterios culturales sumamente tajantes, por unas tendencias políticas que se van a radicalizar. Es un hecho que toda dictadura, de esas temporales, inestables, por más crueles, que produce la América Latina cuando los militares toman el poder o lo toman los caudillos, muy diferentes de dictaduras totalitarias, motivan una radicalización en los grupos políticos que las combaten. La gente joven del 60 va a ser muy radical y tachará con una gran cruz el pasado literario venezolano. Pondrá en tela de juicio a Gallegos, a Andrés Eloy Blanco, a Ramón Díaz Sánchez, a Arturo Uslar Pietri, a Miguel Otero Silva, por ende a mí también y a mis

contemporáneos. Admitirán únicamente a dos o tres autores: Ramos Sucre, Julio Garmendia, Guillermo Meneses, a medias, Vicente Gerbasi. Exigirán un sentido más universal de las Letras, un sentido más interior de la poesía. Concederán al hecho mismo de la escritura, al lenguaje literario, importancia mayor. Y en el campo de la narrativa desecharán muchos si no todos, los modelos tradicionales y la concepción del "héroe", como personaje central.

Gallegos, por ejemplo, para tomar nuestro máximo novelista, recreó el habla popular, pero en una forma noble, es decir, estudiando el lenguaje del campesino. Descubrió en este unos valores metafóricos, unas reticencias lingüísticas, muy interesantes y muy poéticas, un idioma muy raigal y telúrico, idioma del campo. La población venezolana era mayoritariamente campesina, en esa época, de modo que la novelística galleguiana, cuando se orienta hacia la novela rural de paisaje y héroe, cuando rompe con su cuentística urbana, reinventa esa habla campesina tradicional llena de filosofía, de nobleza, de belleza, de giros arcaicos, de constante trasfondo, de intenciones veladas y sentencias. Es imitación de oralidad, escritura de habla y, sin embargo, abunda en valores literarios específicos. Pero ahora los narradores van a intentar reproducir otra habla, la urbana de la era del petróleo y de la guerrilla, de la Televisión y de

la radio. Aquí se impone desvirtuar ese cuento de creer que el gran cambio narrativo consiste en pasar de la novela agraria a la novela urbana. Este es uno de los más grandes errores que se cometen en la apreciación del movimiento de nuestra Literatura. Novela urbana la ha habido con Gallegos, toda la cuentística de Gallegos es urbana y su primera novela "Reinaldo Solar", pesimista, dentro de la órbita de Díaz Rodríguez, es urbana, y toda la obra de Pocaterra, es urbana, de modo que es mentira que la novela urbana sea el producto de las nuevas generaciones. Lo que va a ser producto de las nuevas generaciones es la creación de un nuevo lenguaje, de un lenguaje a nivel literario nuevo y de un lenguaje a nivel del habla urbana. El habla campesina va prácticamente a desaparecer, para ser sustituida por la oralidad urbana, digamos, si se quiere usar un término muy preciso "de la patota", el "argot" de ciudad, una "jerga" de estudiantes, de jóvenes, de marginales, con mucho término anglosajón entretreído en los términos venezolanos y criollos, donde van a abundar las expresiones de los medios de masa, términos del cine lenguaje de canción popular, de canción de protesta, de música rock, términos de la subcultura de la droga. Todo ello va a producir una habla nueva, ya no el habla campesina captada admirablemente por Gallegos, sino el habla de ciudad,

inmensamente crecida. También se va a producir un cambio en los procedimientos de la novela. Se romperá con lo lineal, con el argumento, con personajes destacados que pudiéramos llamar "héroes", por ejemplo un Marcos Vargas, una Doña Bárbara, un Santos Luzardo. En lugar de héroe, lo que Garmendia muy acertadamente llamó "los pequeños seres", fracasados y anónimos irrisorios, burócratas gente de la clase media de abajo, gente sin ningún impulso grande. Por eso es tan importante señalar en este cuadro la novela "Los Pequeños Seres" de Garmendia publicada en 1959, porque va a conjugar muchos procedimientos de escritura, con personajes del montón, en la ciudad ya metrópoli. No es que se haya iniciado con Garmendia la novela de "los pequeños seres", porque toda la cuentística de Pocaterra y de Gallegos como la de Meneses, está hecha de estos irrisorios protagonistas. Lo que pasa es que estos "pequeños seres" van a ser vistos con la óptica de 1959, en una Caracas en pleno desarrollo, en Caracas ya alienada por los medios de comunicación masiva. Esta novela pues, señala, la reacción contra la novela de héroe en la que desemboca Gallegos, partiendo del protagonista urbano de sus cuentos iniciales.

Meneses fue el narrador que, resueltamente y con un sentido más moderno y existencial, precedió a Garmendia en esa temática de "la mala vida" y de

los seres del montón alienados por la gran ciudad y por la realidad del arrabal. A esta temática se añadirán, además de nuevos modos y maneras de contar, derivaciones de la marginalidad, como la picaresca, a veces surreal y llena de humor negro. Una novela muy representativa de esta modalidad es "Al Sur del Ecuaniil" de Renato Rodríguez, publicada en 1969. A estos rasgos se añadirá el recuento de la violencia guerrillera con sus datos sociológicos, antropológicos, lingüísticos, políticos. "No es tiempo de rosas rojas", de Antonieta Madrid, constituye entre muchos otros, el testimonio narrativo más logrado de ese tiempo de violencia, esperanza y fracaso.

Paralelamente se van a desarrollar otras tendencias narrativas, como el formalismo, el textualismo, lo fantástico, contrarios a este realismo de pequeños seres, de guerrillas, de patotas, de habla marginal. Descartando la experiencia de Ramón Bravo, cercana al "nouveau roman" francés, se impone destacar la obra ya extensa y madura de Oswaldo Trejo, cuya narrativa descansa fundamentalmente en la escritura misma, en el lenguaje, en el juego verbal, lejos ya de querer reproducir la realidad social y lo psicológico. Mérida cuenta hoy con dos jóvenes narradores muy personales, alejados resueltamente del realismo y sumidos en cierta surrealidad fantástica y hasta metafísica: Ednodio Quintero y Jiménez Ure.

Serán muchos en cualquier tendencia, los nuevos procedimientos narrativos: la novela y el cuento ingresará a una órbita más vertiginosa y compleja. Se desarrollará en forma imperativa, el estilo paródico que tiene un representante muy importante en Luis Britto García y en su "Abrapalabra" y "Rajatabla" puras parodias de escrituras. La Literatura va a copiar ya no la vida, sino la propia Literatura. Se va a hacer Literatura sobre Literatura, texto sobre texto, intertextos, un texto enchufado en otro texto, se van a distorsionar las nociones de tiempo, las nociones de argumento, las nociones psicológicas, la linealidad, se va a ir de adelante hacia atrás, desde atrás hacia adelante, como hace en "Rayuela" Cortázar, se va a abundar en procedimientos nuevos, en collages, etc. Estos procedimientos producirán una narrativa diferente, sea por el sesgo del textualismo, de los collages, de la parodia; sea por el sesgo del realismo, de los "pequeños seres", del lenguaje de la experiencia guerrillera.

En cuanto a la poesía, va a producirse un fenómeno muy curioso. Los poetas, radicales del 58, que coincidan con la revolución, cubana, que políticamente son hombres de izquierda, muy nutridos del marxismo tradicional y del nuevo marxismo, derivarán hacia una interiorización que jamás había alcanzado antes la poesía venezolana. Es un fenómeno sumamente curioso, porque

mientras la narrativa se orientaba hacia un enfrentamiento con la realidad y producía ese lenguaje de "pequeños seres", de patota, de guerrilla, las Historias de la calle Lincoln, (Noguera), la "Memoria de la tribu" (Baica Dávalos), la poesía se situará en general en un ámbito esteticista, trascendentalista, interiorizado, y producirá poetas de una calidad tan extraordinaria como Cadenas, que casi está rozando lo que pudiéramos llamar búsqueda de carácter metafísico, o poetas surrealistas como Pérez Perdomo, de modo que con la revolución, elaboran, a medida que se sustraen al compromiso político, a la derrota guerrillera una poesía trascendentalista. Los jóvenes que vienen después, llevan esa experiencia trascendentalista más lejos, hasta crear poemas breves, descubrir "la estética del silencio", (así los minipoemas de una Eda Armas, que son apenas rasgos); poesía transparente, trascendentalista, de economía de lenguaje tal que se emparenta con los haikú, con los tanka, o con alguna poesía zen.

Contra este esteticismo reaccionan ahora los poetas de un grupo del cual se habla mucho, "Tráfico". "Tráfico" regresa al realismo. Sale a la calle como lo hizo la narrativa de los "pequeños seres".

Este es más o menos un planteamiento sucinto, muy sumario, de la situación literaria venezolana, englobada dentro

del contexto histórico político desde 1958 hasta 1981.

Ahora bien, esta Literatura es pesimista, pesimista a nivel de la narrativa, pesimista a nivel de la poesía, y sin embargo, es preciso reconocer que la democracia venezolana, desde el punto de vista formal, institucional, ha sido un éxito excepcional, no solamente para un país como Venezuela, cuyo pasado está constituido por horribles matanzas, atroces dictaduras, guerras civiles constantes, asonadas, alzamientos, sino para la América Latina, porque las democracias Latinoamericanas, son muy relativas, así la democracia mexicana, muy suigéneris, con un partido único que paga inclusive a los opositores, y por lo tanto, los controla y que puede usar medios represivos brutalísimos, como el fusilamiento de estudiantes manifestantes en la Plaza de Tlatelolco. La democracia colombiana es puramente externa, pues es uno de los países que sufre la mayor descomposición hoy en América Latina. Se puede esperar todo. Está en manos de la mafia de la droga, de manera que ésa es una democracia puramente formal. Dentro del cuadro de las contadas democracias latinoamericanas, Venezuela ocupa un puesto excepcional. Es un régimen que desde el punto de vista institucional, merece admiración con la democracia costarricense; entonces, ¿qué pasa? Ese éxito democrático institucional

produce, sin embargo, una Literatura de profundo pesimismo. Esa democracia estabilizada no convence plenamente, ni a todos los venezolanos, ni siquiera a los hombres como yo, que hemos luchado encarnizadamente por la implantación en Venezuela de un sistema representativo, no solamente en la Resistencia, junto a hombres como Ruiz Pineda, sino inclusive frente a la guerrilla, cosa que me ha traído inmensos inconvenientes como lo supondrán. ¿Qué pasa con esa democracia?

La generación del 58 padeció la represión de 10 años de dictadura y se formó dentro de un clima tenebroso que la afectó. Más de uno de aquellos jóvenes sufrió cárcel y tortura o vió morir a seres queridos. Esos jóvenes heredaron las angustias y el desencanto producidos por la Segunda Guerra Mundial. Viven todas las tensiones de la época. Es una generación que aspira a una revolución y esa revolución no se da, por cuya razón queda entre la espada y la pared y termina integrándose al sistema y ocupando puestos claves en el desarrollo venezolano, lo cual no puede satisfacer íntimamente, cuando se ha reaccionado y cuando se esperaba cambiar el país.

Para escritores como Gallegos, Pocaterra, que tenían una formación tradicional, resulta perfectamente natural el clima democrático, pero para una generación que ha roto comportamientos tradicionales, que ha derivado hacia cierto

inmoralismo o amoralismo, que ha roto los conceptos puritanos de la vida sexual, de la vida afectiva, para una generación subversiva no sólo en el orden político (que ya no lo es) sino en el orden de los comportamientos individuales, tener que adaptarse a una Democracia, en el fondo formal, causa cierto desencanto y se está en eso sin querer. Un hecho más importante es que desgraciadamente la democracia venezolana es más formalista que reformista.

Existe como una cúpula modelo, que son las instituciones democráticas, el respeto a la oposición, la libertad plena de expresión, decir lo que uno quiera: posibilidad de atacar al gobierno, de combatirlo. ¿Qué mejor ejemplo de lo que decimos es el hecho de que, exceptuando el gobierno de Betancourt, todos los gobiernos han sido derrotados en las elecciones?

Fue derrotada Acción Democrática por Caldera, cuando Leoni; fue derrotado el gobierno de Caldera, por Carlos Andrés Pérez y el de éste fue derrotado por el actual gobierno copeyano. No se puede concebir mejor capacidad de ejercicio democrático. Eso no existe en México, donde el PRI ocupa el poder desde hace cincuenta años y naturalmente existe un desencanto democrático.

El Dr. Velásquez en la Sesión inaugural de este evento, señaló

algunos de los problemas que desencantan desde el punto de vista democrático, y yo coincidido plenamente con él. La democracia se ha traducido en un crecimiento constante del gasto público, de modo que los fondos para efectuar grandes reformas, grandes trabajos, se reduce a un 10%. Claro, se pudiera decir que Venezuela se está convirtiendo en un país de clase media que tiene su rentica procedente del presupuesto. Casi todos tenemos nuestro cargo público, nuestro sueldo, las prestaciones sociales, que ha repartido el presupuesto y eso lo estamos disfrutando casi todos los presentes. Yo también, como Director General de Monte Avila. Pero esto es una fórmula rentística, que impide la inversión en grandes reformas, grandes realizaciones, por estar precisamente en esa distribución del dinero. La administración de la Democracia como la administración de la dictadura, salvo en caso del General Gómez que gerenciaba a Venezuela como si fuera su hacienda y sabía muy bien administrar sus bienes, salvo ese caso que no es recomendable, la Administración Pública Venezolana es catastrófica, no solamente por incapaz sino también por ineficaz, y por despilfarradora. Los costos de lo que se hace en Venezuela no tienen precios, así como en países socialistas los costos no tienen precios así como en países socialistas los costos no tienen precios porque no existe

organismo de control. En Venezuela, aunque si hay organismos de control, los costos son enormes. Una carretera cuesta 10 veces más que en cualquier país o que en los Estados Unidos. Esa pésima administración venezolana procede de muy lejos, de los antepasados, de los españoles, del imperio español, sobre el que, como se dice, no se ocultaba el sol. Pues ese imperio produjo una de las administraciones más incompetentes que conoce la humanidad. De allí el desmoronamiento de ese imperio, sin haber dejado prácticamente nada, porque los países latinoamericanos han sido otros desastres administrativos. Esto procede, en mi opinión, de una creencia muy hispánica, heredada de los romanos y de la cual habló Gallegos una vez: creo, que los leyes hacían a los hombres y hacían a las instituciones. La manía de Legislar de los españoles llena volúmenes enteros como las leyes de India. En las leyes de India se legislaba de todo, cómo debía funcionar una pesa en el mercado, cómo debía estar herrado un caballo, y sin embargo, eran las colonias. Se debatían en la mayor pobreza e imperaba la picaresca, es decir, el latrocinio, los expedientes, el robo, la mala administración, la mascada, el contrabando. Poco hemos cambiado. Somos unos obsesidos de Legislación, para cualquier problema emitimos¹ una ley, y creemos que la ley va a

convertir a los funcionarios públicos en excelentes funcionarios, y es mentira. Van a seguir siendo pésimos funcionarios. Creemos que una ley referente a una entidad pública la hará funcionar a la perfección y no es verdad. Carecemos de sentido práctico, lo que les sobra a los anglosajones, que no emiten tantas leyes sino decretos y reglamentos y se van al grano de la acción.

La democracia venezolana disfruta de un inmenso ingreso por el petróleo, pero es imposible ocultar, que ese ingreso fuera del hecho de haberse distribuido en una forma bastante equitativa entre una gran parte de los habitantes, a través de cargos públicos, prebendas y otros modos de ayuda, no ha producido en el país un salto hacia adelante. La agricultura no surte el consumo, las manufacturas tampoco, se importa enormemente y existe una desproporción muy grande y muy peligrosa entre los grupos marginales y una minoría de ricos. Esa marginalidad angustiosa y terrible está alimentada por uno de los estallidos demográficos más acelerados del globo. La sobrepoblación no crea los problemas en sí, pero complica todas las soluciones. A cuanto mayor número de gente subdesarrollada, mayor subdesarrollo, cosa lógica. La población marginal, crece sin cesar en contraposición con una minoría de nuevos ricos, que constituyen casi una mafia y

cuyas enormes fortunas se formaron a la sombra del Estado. Son los contratistas de los negocios del Estado. A un capitalismo que quiso ser productor, como por ejemplo el de ciertas familias tradicionales, (Eugenio Mendoza, los Vollmer) ha sucedido una nueva clase de ricos que no se les ocurre fundar ni hospitales poliomielítico, ni universidades, sino se van al grano, a hacer mucho dinero, mucho dinero, sacar el dinero, ponerlo fuera y vivir una vida casi internacional, parte en Venezuela y parte fuera, todo ésto en el regazo de la democracia. Al fenómeno de falta de eficiencia en los servicios se suma la corrupción. Es inconcebible lo de los seguros sociales cuyo buen funcionamiento debería ser la piedra angular de toda

democracia con sensibilidad social. Solamente en un país como Venezuela un problema como la ineficiencia de los seguros sociales no crea manifestaciones de calle. La cuota de los seguros recarga a todas las empresas, las públicas y privadas, con impórtantísimas, su más, y es sabido y está denunciado todos los días en la prensa, que no funciona la prestación de servicios y muchos asegurados prefieren acudir a médicos y servicios privados. Los seguros sociales dan la medida de la ineficacia de nuestra democracia y también de cierta irresponsabilidad de los gobiernos y los partidos. Como los seguros abundan los malos servicios en Venezuela. Cunde entonces el desaliento y dentro de él, la Literatura se resiente y refleja el desencanto general, además del individual.
